

aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.—¿Y quién le mató? preguntó Don Quijote.—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller.—Desa suerte, dijo Don Quijote, quitado me há Nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras.—No todas las cosas, respondió Don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.—Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.—Hablara yo para mañana, dijo Don Quijote; y ¿hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: “Si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced que es el famoso Don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura*.” Con esto se fué el bachiller, y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entonces que nunca. “Yo se lo diré, respondió Sancho; porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamás

he visto; y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muñelas y dientes.—No es eso, respondió Don Quijote, sino que el sábio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba *El de la Ardiente Espada*, cuál *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del Ave Fénix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sábio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llameses *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura.—No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho; sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán *El de la Triste Figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura.” Rióse Don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole: “Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: si quis suadente diabolo, &c.*, aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.” En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: “Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender: el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de piés, y, como dicen, *váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza*,” y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se

hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambra que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX.

De la jamás vista ni oída aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

“No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.” Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el